2071

Cero y van dos

Courigny

CERO Y VAN DOS,

COMÉDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE COUPIGNY.

SEGUNDA EDICION.

N.º 165.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.

A LA SRA. DOÑA MATILDE DIEZ

Y AL

SR. DON JULIAN ROMEA.

En testimonio de gratitud y aprecio, dedica su primer ensayo dramático

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/ceroyvandoscomed1289coup

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
DOÑA CLARA.	D.ª Matilde Diez.
RITA.	D.ª Josefa Noriega.
DON MARCOS.	D. Julian Romea.
DON SILVESTRE. . . .	D. José Calvo.

La escena pasa en Búrgos.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la sala de una fonda de Búrgos: dos puertas laterales pertenecientes á dos cuartos de la fonda. En el foro otra puerta que comunica con las habitaciones bajas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, *leyendo una carta.*—RITA.

CLARA. Habrá mayor osadía!
Vaya, que el hombre es feroz!
Oh, muy bien le cuadra el nombre...
RITA. Cómo se llama?
CLARA. Leon.
RITA. Y usted, qué piensa decirle?
CLARA. Qué he de decirle? Que no.
Qué concepto habrá formado
de mí ese santo señor,
para atreverse á escribirme
tan brusca declaracion?
Y qué exigencia la suya!
dice en la carta: el amor
no tiene espera, y así
aguardo contestacion
sobre la marcha.—Que espere.
RITA. Qué osadía!
CLARA. Y sabe Dios
cuando podré yo librarme
de semejante moscon!

Todo el viaje importunándome...
Válgame Dios qué hablador!
Y qué empeño tan tenaz
el suyo, en saber quién soy!
Gracias que tomé el partido
de callar, porque si no...

RITA. Conque preguntaba á usted
quién era? Qué curioson!

CLARA. Y si era casada, ó viuda,
ó soltera, qué sé yo
cuantas preguntas me hizo!
Te confieso que ya estoy
harta del dichoso viaje;
y para mas diversion,
Dios sabe cuando saldremos
de Búrgos.

RITA. Si no mintió
el mayoral, esta tarde
estará ya el coche.

CLARA. Oh!
Maldito vuelco que causa
esta larga detencion!

RITA. No sé cómo hemos salido
tan bien librados; fué atroz
el golpe, la diligencia
fué solo quien lo pagó!

CLARA. Yo tuve un susto!

RITA. Lo creo.

CLARA. Pero aun fué mucho mayor
el de el otro compañero
de berlina...

RITA. Qué pasó?

CLARA. Como que siempre durmiendo
iba ese santo varon,
llevó tal susto y tal golpe
cuando el carruage volcó,
que casi perdió el sentido.

RITA. Qué lástima de señor!
Y es ese nuestro vecino
de Vitoria?

CLARA. Y por quien soy
que en mi vida he visto un hombre
mas raro, Jesús, qué huron!

Apenas hablaba.

RITA. Vamos,
usted quiere ocultar...

CLARA. No,
no te oculto nada, Rita.

RITA. Que él la tiene á usted aficion
es indudable.

CLARA. Pues mucho
lo disimula.

RITA. Si no,
á qué vino aquel empeño
de estarse siempre al balcon
en Vitoria, clavaditos
sus ojos en usted? Oh,
yo soy muy lince, señora!
Quizá el pobre por temor
de ser desairado, calle
hasta hallar una ocasion
de poder hablar á solas
con usted.

CLARA. Cuidado que hoy
estás diciendo unas cosas...

RITA. Doña Clara, lo que son:
que él á usted no le es tampoco
indiferente, sé yo.

CLARA. Muchacha!

RITA. A ver, sea usted franca:
no es el vecino en cuestion
un jóven que á usted agrada?

CLARA. Eres tú mi confesor?
No digo que si me hallase
resuelta, aunque no lo estoy,
á contraer matrimonio
segunda vez, fuera yo,
si él mi mano pretendia,
á negársela: en rigor,
qué hacer? Porque una mujer
sola en el mundo, qué es hoy?

RITA. Es lo mismo que yo digo,
es usted de mi opinion;
una mujer sin un hombre
no es nada; y es un dolor
que habiendo por ahí de sobra

tanto viudo y solteron,
pasen las pobres mujeres
lo que estoy pasando yo?
Cásese usted cuando pueda.

CLARA. Rita, tengo mi temor
de no hallar otro marido
como mi difunto Anton.

RITA. A qué hablar ahora, señora,
del pobre, si ya murió!

CLARA. Qué génio! qué complaciente!
No sabes con qué dolor
recuerdo yo aquellas horas
de dulce satisfaccion
que no volverán jamás!

RITA. No han de volver?

CLARA. Rita, no.
En tanto siga esta pena
ocupado el corazon,
no hay en él lugar dó pueda
hallar cabida el amor.
No puedes saber tú, Rita,
lo grande que es mi afliccion!

RITA. A que olvida usted al muerto
cuando el vivo adorador
le flecha á usted sus miradas,
le pondera su pasion...

CLARA. Pero si nunca me ha dicho,
ni por cumplido, una flor!
Si me adora, por qué calla?
soy acaso algun dragon
para que de mi se asuste,
y no confirme su voz?..
Yo no sé, parece mudo:
el otro tan hablador,
y este que...
(*Don Marcos sale de su cuarto en trage de calle, con una gorra de viaje.*)

MARCOS. Felices dias!

CLARA. Felices.

MARCOS. Adur.

RITA. Con Dios.
(*Don Marcos se va por la puerta del foro.*)
Ahí lo tienes.

RITA. Se ha portado!
Pues no lo entiendo.
CLARA. Ni yo.
Y despues de lo que has visto,
creerás que me tiene amor
ese hombre!
RITA. A pesar de todo,
me mantengo en mi opinion.

ESCENA II.

Los mismos.—DON SILVESTRE, *que entra por la puerta del fondo.*

SILVEST. Señora, se ha descansado?
Qué tal la noche?
CLARA. Muy bien.
SILVEST. Me alegro.
CLARA. Y usted?
SILVEST. Tambien:
pero dejemos á un lado
cumplimientos...
CLARA. Es verdad.
SILVEST. Quiere usted que nos sentemos?
(Toma dos sillas, ofreciendo una á Clara.)
Tome usted. Así estaremos
con toda comodidad.
Al grano. Usted recibió
mi carta?
CLARA. La recibí.
SILVEST. Y se habrá enterado?..
CLARA. Sí.
SILVEST. Pues por eso vengo yo.
Mas para hablar del asunto,
quiero estar solo.
RITA. Pues!
CLARA. Ya!
SILVEST. *(A Rita.)*
Es decir que usted está
demas aquí...

RITA. Vóime al punto.
(Aparte.)
Qué cortés y qué galante!)
(Se vá por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

DOÑA CLARA.—DON SILVESTRE.

CLARA. *(Aparte.)*
(Jesús este hombre me asusta!)
SILVEST. Francamente, no me gusta
tener testigos delante:
y aun cuando lo que va á oir
sabe usted señora ya,
con todo bueno será
que se lo vuelva á decir.
Yo la amo á usted.
CLARA. Si lo creo.
SILVEST. Y no puedo ser mas llano:
si usted acepta mi mano,
nos casamos y laus deo.
Tiempo bastante ha tenido
para poder responder
conque así vamos á ver:
me acepta usted por marido?
CLARA. Con que ha de ser al instante?..
SILVEST. Antes piénselo usted bien,
porque no sufro un desden!..
aunque soy muy tolerante.
CLARA. Eso ya se vé.
SILVEST. Verdad.
Dígame usted francamente,
sin violencia, lo que siente;
no fuerzo su voluntad:
su respuesta la sé yo,
claro está.
CLARA. Cuál es?
SILVEST. Un si.
Qué causas hay contra mi

para que me espante un no?
Y que no lo sufriria...
pero en fin está demas
que hable así cuando quizás
ya ha resuelto usted ser mia.
Usted no sabe quien soy?

CLARA. No señor.

SILVEST. Pero querrá
saberlo? Pues lo sabrá,
Esteme usté atenta.

CLARA. Estoy.

SILVEST. Soy don Silvestre Leon,
comandante retirado,
con dos cruces que he ganado
defendiendo mi opinion.
Este soy yo: un capital
que he adquirido con paciencia,
hace que mi subsistencia
la pueda pasar tal cual.
Soy hombre de juicio y peso,
mi edad cuarenta y seis años,
edad libre de los daños
que origina el poco seso.
Estas son mis cualidades,
y pues las sabe usted ya,
no creo que me pondrá
trabas ni dificultades:
mi genio lo ve usted ahora,
y está demás que de él hable
soy el hombre mas amable
que hay en el mundo, señora.
Conque yo ya concluí:
ahora á usted hablar le toca:
yo me callo y punto en boca.

CLARA. Conque ahora me toca á mí?
Ya que usted tan franco ha sido,
voy á serlo yo tambien:
no puedo, y no es por desden,
aceptarle por marido.

SILVEST. Señora, qué está usté hablando?

CLARA. No es mi intencion ofenderle,
Mas no puedo complacerle:
yo en mi corazon no mando.

SILVEST. Está usted casada?
CLARA. Aun no.
SILVEST. Luego es decir que lo hará?
CLARA. Es probable.
SILVEST. No será
en tanto que viva yo!
Casada, respetaria
su estado: mas de otro modo,
atropellaré por todo
hasta que llegue á ser mia.
CLARA. Tiene usted poder alguno
sobre mí?
SILVEST. Nada: la digo,
que ó se casa usted conmigo,
si señora, ó con ninguno.
A mi darme tal sofion!
dejarme así desairado!
Usted no sabe que ha dado.
con don Silvestre Leon!
Y quién es el mentecato
á quién ama usted? Quién es?
Mas yo lo sabré despues,
y si le encuentro le mato.
Así paga usted mi amor!
CLARA. Y qué tengo yo que hacer?
SILVEST. Si usted no fuera mujer...
CLARA. Caballero!
SILVEST. No hay temor.
Juzga usted que soy acaso
tan impolítico y tan?..
CLARA. (*Aparte.*)
(¡Oh! recelo algun desman!)
SILVEST. En la vida me propaso.
No puedo ser mas prudente,
mas tampoco soy tan necio
que el recibir un desprecio
pueda serme indiferente.
Y yo de mi afan no cedo:
con otro usted no se casa.
CLARA. Esto ya de raya pasa!
SILVEST. Señora!
CLARA. (*Aparte.*)
(Es que tengo miedo

de estar á solas asi
con un hombre tan soez:
si se insolenta otra vez...
—Pero Rita viene aquí.)

ESCENA IV.

Dichos.—Rita.

Rita. Señora: abajo ha venido
una mujer preguntando
por usted, y está esperando...
Clara. *(Aparte.)*
(Venida feliz ha sido.)
Rita. *(Aparte.)*
(Lo que yo quiero es librarla
de este importuno. Habrá tonto!)
Silvest. Y despachará usted pronto?
Lo digo para esperarla.
Clara. No sé: presumo que no.
Silvest. Vaya usted; no la detengo.
Cuidado que me mantengo
en mis trece.
Clara. Tambien yo.
Silvest. Usted me provoca?
Clara. Ba!
No hablemos mas de eso ahora.
Silvest. Vaya usted con Dios, señora.
(*A Rita que se va con Clara.*)
Eh, muchacha, ven acá.
(*Clara se va por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

Don Silvestre.—Rita.

Silvest. Quién es esta jóven; quién?
Rita. Esta señora es mi ama.

SILVEST. Ya lo sé, cómo se llama?
su nombre?
RITA. Clara.
SILVEST. Muy bien.
RITA. *(Aparte.)*
(La pregunta es singular.)
SILVEST. Segun me ha dicho hace un rato,
hay un pobre mentecato
con quien se quiere casar?
RITA. Si ella á usted ya se lo ha dicho,
á qué viene á preguntarme?..
SILVEST. Porque yo quiero informarme
de quien es él.
RITA. *(Aparte.)*
(Qué capricho!)
Conque ella ha contado á usted
que piensa casarse?
SILVEST. Si.
RITA. *(Aparte.)*
(Y me lo negaba á mí!
Si sospechaba esta vez
con certeza yo!)
SILVEST. Muchacha,
mira que no tengo humor
para esperar.
RITA. Voy, señor.
SILVEST. Pues quién es? Pronto... despacha.
RITA. Quién es?
(Aparte.)
(Para conseguir
que no llegue á incomodar
con cartas, ni vuelva á hablar
de amor, lo voy á decir.)
SILVEST. Esa calma me asesina:
la prudencia me contiene:
quién es?
RITA. El jóven que viene
con usted en la berlina.
SILVEST. Conque es ese?
(Aparte.)
(Voto á brios!
voy en su busca al instante...
Ese es mi rival! Tunante!

Nos hemos de ver.)
(A Rita.)
Adios!
(Se va por la puerta del fondo.)

ESCENA VI.

RITA.

Jesús! Dónde irá ese hombre
tan desaforado? Vaya
donde quiera. Qué me importa?
Miren mi señora ama
cómo me negó su amor
y su boda y su... Caramba!
Si sospechaba yo bien!
A mi nunca se me escapan
estas cosas.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA.—RITA.

CLARA. Se marchó
el señor de las bravatas?
RITA. Sí señora, se marchó.
CLARA. Gracias á Dios! Habrá audacia
como la suya!
RITA. Pues qué?
CLARA. Me declaré de palabra
lo que por escrito ya
me habia dicho, que me amaba;
me exigió con mucho imperio
que al punto le contestára
si aceptaba ó no su mano:
contesté, la cosa es clara,
que no: nunca lo dijera!
Porque le di calabazas,
cómo se puso: Qué insultos!

Qué improperios! Qué amenazas!

RITA. Qué dice usted!

CLARA. Yo conozco
que un desaire á nadie agrada;
pero que tenga paciencia:
buena vida me esperaba
si me llegaba á casar
con él! Y en medio de tanta
osadía y tanto insulto,
de decirme no cesaba
que era el hombre mas amable
del mundo.

RITA. A ver! Con qué gracia
me dijo que me largase
pronto de aquí, que estorbaba!

CLARA. En fin, Rita, te confieso
que estaba con miedo: gracias
que tuviste la ocurrencia
de decir que me esperaban,
y pude con tal pretesto
dejarle: pero qué charla
la suya!

RITA. Y ahora, señora,
diré á usted, si no se enfada,
que ya lo sé todo.

CLARA. Todo?
Pero qué sabes, muchacha?

RITA. Qué he de saber? Todo aquello
que usted antes me ocultaba,
y que yo que no soy tonta
me presumia; á mí nada
se me escapa...

CLARA. No adivino
el misterio de que hablas.

RITA. Finja usted que no lo entiende.

CLARA. Si no aclaras tus palabras...

RITA. En vano será que afirme
lo que usté en negar se afana,
y sé tambien que la cosa
está muy adelantada.

CLARA. Pero bien, qué cosa es esa?
Qué quieres decir?

RITA. Yo? Nada.

CLARA. En fin, vámonos al cuarto:
no sea si aquí me halla
el don Silvestre, que vuelva
impertinente á la carga.
(Vánse.)

ESCENA VIII.

DON MARCOS, *que aparece por la puerta del fondo en el momento en que* DOÑA CLARA *y* RITA *entran en su cuarto.*

MARCOS. Ay! allá vá: esa mujer
me encanta, me vuelve loco.
si no fuera por el asco
que me inspira el matrimonio,
ya habia solicitado
ser su legítimo esposo;
pero cuando yo recuerdo
los dias de mi consorcio,
y que pasaba con Brígida
las penas del purgatorio!
Cuando recuerdo aquel génio
y aquellos celos diabólicos...
me dá un temblor, me dá un miedo,
me dá.. un... no sé qué, que absorto
delante de esa mujer
me quedo mudo, hecho un tronco,
sin que mis lábios se atrevan
á regalarla un piropo.

ESCENA IX.

DON MARCOS.—DON SILVESTRE: *que entra por la puerta del fondo.*

SILVEST. *(Aparte.)*
Gracias á Dios que le hallé!
(Desde la puerta.)
Caballero...

MARCOS. *(Aparte.)*
(Hola! es el otro
compañero de berlina.)
Qué se ofrece?
SILVEST. Estamos solos?
MARCOS. Hombre, por aquí no hay nadie,
al menos, yo nada noto.
SILVEST. Corriente; tengo que hablarle...
MARCOS. Pues hable usted.
SILVEST. Seré corto.
MARCOS. Pero podemos sentarnos
y así estaremos mas cómodos.
SILVEST. No señor: yo no me siento.
MARCOS. Déjele usted.
(Aparte.)
Qué estrambótico!
SILVEST. Sabe usted á lo que vengo?
MARCOS. No señor, ni por asomo;
pero si puedo servirle
en algo, mande á su antojo;
yo siempre me hallo dispuesto...
SILVEST. Me alegro que de ese modo
hable usted.
MARCOS. Cómo podría
negar mi inútil apoyo
á un compañero de viaje,
á un amigo; porque somos
amigos, no es cierto?
(Cojiéndole de la mano.)
SILVEST. *(Rechazándole.)*
Usted
(Incomodado.)
se burla de mí?
MARCOS. Qué oigo!
Yo burlarme...
SILVEST. Usted ignora
á lo que vengo?
MARCOS. Lo ignoro!
SILVEST. Pues vengo á desafiarle.
Ahí tiene usted el negocio
que me trae aquí.
MARCOS. Por qué?
Me ha dejado usted atónito!

Yo batirme?

SILVEST. Si señor.

MARCOS. Cada vez crece mi asombro
mas! Pero en qué le he ofendido?
Qué causa motiva el ódio
que abriga usted contra mí?

SILVEST. Qué causa?...

MARCOS. Yo no conozco...
Sin duda está equivocado
y me toma usted por otro.
Yo me llamo Marcos Gil,
vivo en la calle del Olmo,
en Madrid; tengo un hermano
en Sevilla, que es canónigo.
Soy hombre incapaz de hacer
la menor ofensa al prójimo
conque asi déjeme en paz.

SILVEST. Es decir que se hace el sordo
y no acepta usted el duelo?

MARCOS. Pero hombre, por san Gerónimo,
si no soy el que usted busca.

SILVEST. El que busco, es usted propio;
usted, que tiene el descaro
de amar á la que yo adoro;
usted, que necio se engrie
porque se cree ya su novio,
no sabiendo que estoy yo
para estorbar el consorcio;
yo, que no sufro rivales
y si con alguno topo
de una estocada ó de un tiro
sé librarme de él bien pronto;
por lo cual no admito réplicas,
ó usted deja sin estorbo
el campo, ó no hay mas remedio,
se bate hoy conmigo...

MARCOS. Cómo!
Mire usted; esto es por fuerza
algun falso testimonio
que contra mí ha levantado
algun enemigo incógnito.
Desde que murió mi esposa,
y por dicho quedé solo,

no he enamorado á ninguna
mujer, y que no es embrollo.
Confieso sí que me gustan,
y que me gustan no poco,
que soy de carne y de hueso
como usted y como todos;
pero en cuanto llego á oler
mujer que quiere casorio,
huyo de ella como huiria
si me persiguiese un toro,

SILVEST. Yo soy hombre poco amigo
de lances, y cuando logro
evitarlos...

MARCOS. Pues es claro!
La prudencia antes que todo!

SILVEST. Asi, si usted me asegura
no oponerse...

MARCOS. No me opongo
jamás á lo que es razon.
Cásese usted, y dichoso
viva con su cara cónyuge
per sæcula sæculorum.
No hay cuidado que yo turbe
su matrimonial reposo

SILVEST. Ni volverá usted á hablarle
á ella de su amor?

MARCOS. Tampoco.
(Aparte.)
(Cómo he de hablar, si no sé
quién es ella?)

SILVEST. Me conformo.
Siento haberle dado á usted
mal rato: yo me acaloro
fácilmente...
(Con afectuosidad.)
pero ya
se pasó todo mi enojo.
Yo soy asi. Mi carácter
suele engañar asi al pronto;
pero despues de tratado.
se vé que hay...

MARCOS. Si tal, buen fondo.

SILVEST. Y yo soy hombre que cedo

á la razon sobre todo.

MARCOS. Oh sí!

SILVEST. Ya lo ha visto usted;
pero cuidado, si noto
que faltando á su palabra
insiste usted, pobre mozo,
en ser rival mio! Juro...

MARCOS. Descuide usted, yo respondo...

SILVEST. Si, si, basta su palabra;
perdone usted, me incomodo
sin querer y... caballero,
tengo que hacer: le abandono.
(Dándole la mano.)
Sabe usted que soy su amigo.
(*Vase.*)

MARCOS. *(Aparte.)*
(Yo amigo de este hipopótamo!)

ESCENA X.

DON MARCOS.

Bendita mi suerte amen!
Vernie solo al fin consigo:
el diablo cargue contigo
y con tu boda tambien.

ESCENA XI.

DON MARCOS.—DOÑA CLARA, *que sale de su cuarto sin que aquel, que está vuelto de espaldas, la vea.*

CLARA. *(Aparte al ver á don Marcos.)*
(Hola, está aquí: á ver si ahora
que solo conmigo está,
despliega sus labios.)

MARCOS. (*Al verla asustado.*)
Ah!

CLARA. Oh! Caballero!

MARCOS. Señora!
CLARA. *(Aparte.)*
(Solo de verme se asusta.)
MARCOS. Ay!
CLARA. (*Aparte.*)
(Por quién será el suspiro?)
MARCOS. *(Mirándola aparte.)*
(Vamos, cuanto mas la miro
mas me hechiza, mas me gusta.)
(Quedan los dos un momento mirándose y sin hablar.)
CLARA. Qué dice usted?
MARCOS. Yo?
CLARA. Pensé...
MARCOS. Pues...
CLARA. Me pareció que oia...
MARCOS. Seria el aire.
CLARA. Eso seria.
MARCOS. *(Aparte.)*
Cielos, si me atreveré!
Allá voy.
(Da dos ó tres pasos hácia Clara; y al estar cerca de ella se detiene.)
CLARA. *(Aparte.)*
Qué le ha pasado!
MARCOS. *(Aparte.)*
Ay! Aparta, tentacion,
que quien quita la ocasion
quita tambien el pecado.
CLARA. (*Aparte.*)
Si estará loco, Dios mio.
MARCOS. (*Aparte.*)
Pero es tan linda, tan bella!
No sé lo que encuentro en ella...
(Dá como la vez anterior dos ó tres pasos y se detiene.)
No hay mas...
(*Al ver que Clara se rie.*)
Qué es eso?
CLARA. Me rio
de ver á usted.
MARCOS. A mi?
CLARA. Si.

Perdone usted si le ofendo;
al ver lo que está usté haciendo
sin intencion me reí.

MARCOS. Cierto que será chistoso...
mas todo cuanto usted vé
proviene...

CLARA. De qué?

MARCOS. De qué?
De mi sistema nervioso.

CLARA. Los nervios!

MARCOS. Oh! Sufro mucho!

CLARA. Le tengo á usted compasion:
tambien mi querido Anton,
mi esposo...

MARCOS. Cielos! Qué escucho!
Está casada!

CLARA. (*Al ver el movimiento que ha hecho don Marcos.*)
Por Dios,
qué es eso?

MARCOS. Otro nuevo ataque.
Espero que se me aplaque.

CLARA. Pues con este ya van dos.
(*Aparte.*)
O es muy corto y no se atreve
á declarar su pasion,
ó por mí su corrazon
no siente el amor mas leve.
Veremos, le animaré.)
Pues eso es cosa formal:
desde cuando data el mal?

MARCOS. Desde el dia en que enviudé.
Aquel golpe!..

CLARA. Oh! no lo dudo.

MARCOS. No puede usted calcular
lo que me llegó á afectar
el saber que estaba viudo.

CLARA. Y á quién no le afectaria?
Cuando se ama sobre todo...

MARCOS. Me sobrecogió de un modo...

CLARA Oh, si! El pesar...

MARCOS. La alegria.
(*Al ver la sorpresa que estas palabras han producido en Clara.*)

Se estraña usted de que yo
me esprese de esta manera?
No sabe usted lo que era
la esposa que Dios me dió!
Yo la juzgaba mujer
cuando mi mano la di;
despues de casado vi
que era el mismo Lucifer.
Qué génio, válgame Dios!
Era una tigre, una arpia!
No pasábamos un dia
en paz y en quietud los dos.
Celosa como ninguna,
no daba un paso jamás.
sin que ella fuese detrás.

CLARA. Qué mujer tan importuna!

MARCOS. Tanto llegó á encocorarme,
tanto ahogó mi sufrimiento,
que tuve el feroz intento
una vez de suicidarme;
y decidido á cumplir
este proyecto fatal,
me fui una tarde al canal...

CLARA. Qué horror!

MARCOS. Resuelto á morir.
Y ya víctima seria
de mi despecho si no...

CLARA. No llevó usted á cabo?...

MARCOS. No.
Estaba el agua tan fria!
Quitóme aquello el valor.
y no me pesó despues,
porque aun no pasado un mes
se murió mi dulce amor.
Pobre! en el celeste Eden
rogando estará por mí!
Si ella en paz descansa allí,
yo aqui sin ella tambien.
No puede de mi memoria
borrarse aquel génio altivo...
ahora que estoy solo, vivo
tan feliz como en la gloria.

CLARA. Y no ambiciona usted nada?

Tan feliz se encuentra ya?
Qué dichoso es usted!

MARCOS. *(Aparte.)*
(Ah!
Si no estuviera casada!)
No soy tan afortunado,
algo falta á mi ventura...

CLARA. *(Acercando su silla á la de don Marcos.)*
De veras? Se me figura
que está usted enamorado.

MARCOS. Yo... si... no...
(Aparte.)
(Qué alma de chopo!)

CLARA. Jesús, que contradiccion!
No y si!..

MARCOS. Fué una distraccion.
soy... tan... pues...

CLARA. Si, si, tan...
(Aparte.)
(Topo.)
Me habré engañado tal vez,
mas, qué quiere usted que diga?
Esa turbacion me obliga
á sospechar otra vez.
Quién es el objeto amado?
Diga usted, quién?

MARCOS. *(Aparte.)*
(El que miro.)
Ay Dios!

CLARA. Hasta ese suspiro,
suspiro de enamorado.

MARCOS. *(Aparte.)*
(Vamos, estoy en un potro.
Cómo, si mi afan la digo,
ha de casarse conmigo,
si está casada con otro?)

CLARA. *(Aparte.)*
(Qué mas le puedo decir?)

MARCOS. *(Aparte.)*
(Qué remedio! Resignarse.)

CLARA. Pues si usted piensa casarse,
si es su intencion elegir
mujer...

MARCOS. *(Aparte.)*
(Por donde despunta.)
CLARA. Antes obsérvela bien:
no se encuentre usted tambien
otra como la difunta.
Aunque del génio de aquella
dudo que la pueda haber...
MARCOS. Imposible: no hay mujer
en el mundo como ella.
CLARA. Son génios que no comprendo,
y sé que los hay con todo:
pero, pienso de otro modo
que las demás, ó no entiendo...
y usted me parece á mí
que quiere hallar una esposa
tierna, amable, cariñosa
como yo: yo soy así...
MARCOS. Usted es un ángel!
CLARA. Bá!
(Aparte.)
Vámos, ya se esplica: á ver...
MARCOS. Quién dichoso no ha de ser
al lado de usted?
CLARA. Oh!
MARCOS. Ah!
CLARA. Usted debe haber sufrido
mucho cuando era casado:
yo en mi vida me he enfadado,
y menos con mi marido.
MARCOS. *(Aparte.)*
Su marido! Cuando de él
me empezaba ya á olvidar,
me lo viene á recordar
ella misma!
(Levantándose bruscamente de la silla.)
Esto es cruel!
(Alto.)
No crea usted que era preciso
para que no me escediese,
que usted prudente me diese,
pues, ese indiscreto aviso.
(Ap.) No se figure que soy
tan torpe.

CLARA. *(Aparte.)* No me equivoco:
lo que antes dije, está loco.
MARCOS. Está usted, señora?
CLARA. Estoy.
MARCOS. Ahora me permitirá...
CLARA. *(Aparte.)*
Y se marcha!
MARCOS. *(Aparte.)*
Qué remedio!
CLARA. *(Aparte.)*
No me queda mas que un medio.
(Clara toma en la silla las posturas propias de una persona que se desmaya.)
Ay! ay! no sé que me dá!...
MARCOS. *(Corriendo á su lado.)*
Qué siente usted?
CLARA. Yo me muero!
MARCOS. Será un desmayo tal vez!
CLARA. Siento un ardor en la tez,
un no sé qué...
(Al ver que don Marcos se dirige hácia la puerta del fondo.)
Caballero,
no me abandone usted, no.
MARCOS. Iba á avisar...
(Aparte.)
Me he lucido.
CLARA. Esto pasará... Un vahido...
Ay!
(Cae en la silla fingiéndose desmayada.)
MARCOS. Cielos! se desmayó!
(Despues de hacerle aire con el pañuelo se queda contemplándola.)
Qué linda está así! qué bella!
Quién será el mortal dichoso
que con título de esposo
viva enlazado con ella?
Quién será, Dios soberano!..
Si hubiese logrado ser
marido de esta mujer!..
Qué cara, qué pié, qué mano!
(Observando si está solo en el cuarto.)
Sin faltar á su decoro...

CLARA. (*Aparte.*)
Qué intentará su osadia?
MARCOS. Disculpe mi felonia
Lo mucho que yo la adoro...
(*Toma la mano de Clara y la besa.*)
CLARA. (*Levantándose de pronto.*)
De veras? me adora usted?
(*Al oir estas palabras don Marcos cae de rodillas y queda en esta postura hasta que Clara entra en su cuarto despues de haberle dicho riéndose.*)
Ha estado usted inspirado.
(*Vase.*)

ESCENA XII.

DON MARCOS.

Debo de haberme quedado
mas blanco que esa pared.
(*Se levanta.*)
Cuanto he dicho ha estado oyendo.
Bien se ha burlado de mi.
Qué delitos cometí?
Infeliz, ya lo comprendo:
uno y grande, y asi igual
será la espiacion, la pena:
codiciar la hacienda agena
es un pecado mortal,
y yo sabiendo su estado
estampé en su mano, hay Dios!
un beso, no, fueron dos!
yo la dige arrebatado
amo á usted!..

ESCENA XIII.

DON MARCOS, *que al decir las últimas palabras, se encuentra con* DON SILVESTRE.

SILVEST. Oh! tanto no,
con su amistad me contento.
MARCOS. *(Aparte.)*
(Habráse visto jumento!
Si creerá que le amo yo.)
(Tomándole la mano.)
Caballero, siento mucho
dejar á usted solo aquí:
tengo que hacer un encargo
de un amigo de Madrid,
y me precisa...
SILVEST. Corriente.
Vaya usted, don Marcos Gil:
no seré yo quien se empeñe
en no dejarle salir,
que usted tendrá sus razones
y sus motivos... y en fin.
MARCOS. *(Aparte.)*
(El primero y principal
es libertarme de ti.)
SILVEST. Mas antes que usted me deje,
volver quiero á repetir
que no me culpe si he sido
con usted tan incivil
cuando provoqué aquel lance;
luego lo llegué á sentir.
MARCOS. Eso ya pasó.
SILVEST. Fué un ímpetu
de mi amante frenesí.
El amor nos ciega.
MARCOS. Oh, mucho!
Yo me llegué á presumir
lo mismo... el amor.
SILVEST. Es claro.
No piense usted mal de mí.

MARCOS. *(Haciendo ademan de marcharse.)*
Ya hablaremos otro dia.
SILVEST. *(Deteniéndole.)*
No, no puedo consentir
que usted se marche sin que antes
me dé una palabra.
MARCOS. Mil,
si es necesario,
SILVEST. No tanto.
yo solo quiero exigir
de usted que sea testigo
de mi boda.
MARCOS. Yo!
SILVEST. Sí.
MARCOS. En fin.
usted lo quiere y es justo.
(Aparte.)
(Si no le digo que sí,
es muy capaz de obligarme
como hace un rato á reñir.)
SILVEST. No me esperaba yo menos
de su buena amistad, ni...
Y usted no sabe quién es
mi novia?
No.
SILVEST. Un serafin.
MARCOS. No se merece usted menos,
mas no puedo traslucir
quién sea esa hermosa dama
que vá á usted á hacerle feliz.
SILVEST. Usted desea sin duda
que yo se lo diga?
MARCOS. Pist!
SILVEST. Pues es nuestra compañera
de viaje.
MARCOS. Qué es lo que oi!
Con que es esa jóven?
SILVEST. Justo:
esa misma.
MARCOS. *(Aparte.)*
(Habrá mastin!)
Una que tiene una mano...
una boca... una mariz...

MARCOS. *(Aparte.)*
(Quisiera hablar y no puedo.)
Es que yo...
SILVEST. Venga esa mano.
RITA. Vamos, la escena es graciosa.
SILVEST. Apriete usted.
MARCOS. *(Aparte.)*
Está loco!
SILVEST. Todo lo supe hace poco:
abrace usted á su esposa.
MARCOS. *(Asombrado.)*
Yo.
SILVEST. Sí.
MARCOS. *(Aparte.)*
Sudo como un pollo!
SILVEST. No es usted?
RITA. Justo... el marido
de mi señora.
MARCOS. *(Aparte.)*
Qué he oido!
RITA. *(A Clara aparte.)*
No descubra usted el embrollo.
(A Marcos aparte.)
Ande usted.
SILVEST. *(Toma de la mano á don Marcos y Clara, haciendo que aquel la abrace.)*
Yo soy asi,
y no tenga usted cuidado:
soy hombre muy reservado,
nadie lo sabrá por mi,
que don Silvestre Leon
no comete una vileza.
(Acercándose á él y con malicia.)
Dígame usted con franqueza,
hay fruto de bendicion?
No hay un vástago heredero?
MARCOS. Calle usted, qué desatino!
SILVEST. Es que quiero ser padrino,
no habiéndole, del primero.
(Al ver que don Marcos le va á interrumpir.)
No me vaya usté á negar
esta merced, no.
MARCOS. *(Aparte.)* Qué hombre!

SILVEST. Quiero que lleve mi nombre.
Silvestre se ha de llamar:
usted, qué dice, señora?
CLARA. Lo que mi esposo.
RITA. (*Aparte.*)
Me rio
de ver esto.
SILVEST. Amigo mio,
ya lo ha escuchado usté ahora;
nada tenemos que hablar
hasta tanto, avise usté,
y á su encuentro volaré.
(A Clara.)
A los pies de usté.
(A don Marcos.)
Mandar.
(*Vase.*)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, menos DON SILVESTRE.

RITA. Estoy de risa muriendo.
CLARA. Gracias á Dios que se fué.
MARCOS. (*A Clara.*)
Qué tal? Le ha gustado á usté
el papel que he estado haciendo?
CLARA. No me dijo usted ha poco:
si hubiera logrado ser
marido de esta mujer!..
MARCOS. Si lo dije, estaba loco.
CLARA. Vea usted, yo afectuosa
pensé hacerle una merced.
Tan mal se encontraba usted
teniéndome por esposa?
MARCOS. Inútil es el fingir,
usted oyó de mi boca
este amor que me sofoca,
que nunca debí decir.
Sé que cometí un delito,
pésame de corazon;

SILVEST. No aplaude usted mi eleccion?
MARCOS. Vaya, no la he de aplaudir!
SILVEST. Ella se muestra algo esquiva,
y aun el suspirado si
no ha salido de sus labios;
y hasta ha llegado á decir
que no se puede casar
conmigo; mas eso á mí
no me arredra: me he propuesto
ser su marido, y al fin
si no de grado por fuerza
lo seré...
MARCOS. *(Aparte.)*
(Pobre infeliz!)
Desista usted de ese empeño.
SILVEST. Yo, por qué he de desistir?
Será mi mujer.
MARCOS. Lo dudo.
Si España fuese un pais
en el que se permitiese
la bigamia, tal vez si.
Mas seria usted capaz
de atropellar, de infringir
los preceptos de las leyes
eclesiástica y civil?
SILVEST. Pues cómo... qué?
MARCOS. Sepa usted
que ese hermoso querubin
que tanto le ha fascinado,
con quien se quiere usté unir,
pertenece de derecho
á otro quidam mas feliz.
SILVEST. Es decir que está casada?
MARCOS. Justamente: ese es el quid.
SILVEST. No puede ser.
MARCOS. Aquí mismo
yo de sus labios lo oí,
y soy un hombre incapaz,
caballero, de mentir.
SILVEST. Por qué cuando hablé con ella,
cuando su mano pedí,
no fué franca? En ese caso
no hubiera vuelto á insistir.

Antes quiero cerciorarme.
(Aparte.)
Diantre! Si será un ardid
de este mozo? El la queria...
Si ha llegado á presumir
que soy tan tonto, se engaña:
yo indagaré por ahí.

MARCOS. *(Sacando el reloj.)*
Qué miro? Ya sabe usted
que yo me tengo que ir.

SILVEST. Vaya usted, pero antes oiga
lo que le voy á decir.
Si yo averiguo que es falso
cuanto usted ha dicho aquí:
si sé que todo ha sido
un engaño torpe y ruin
para que desista yo
de mi afan, señor de Gil,
juro á usted que antes que salga
el coche para Madrid,
se habrá de batir conmigo.

MARCOS. *(Aparte.)*
(Habrá necio espadachin!)
Ya he dicho á usted hace un rato
que yo en mi vida mentí.

SILVEST. Si es asi, siempre su amigo;
si no, habremos de reñir.
(Don Marcos se va por la puerta del fondo.)

ESCENA XIV.

DON SILVESTRE.

Sintiera que mi proyecto
se le llevara el demonio.
Qué he de hacer si es en efecto
verdad ese matrimonio?
Qué remedio! Resignarme
y buscar otra mujer:
por eso no he de inquietarme,
género hay donde escoger.

Mas si es un ardid con que intenta
engañarme necio y vil,
yo le ajustaré la cuenta
al señor don Marcos Gil.

ESCENA XV.

Don Silvestre.—Rita, *que sale del cuarto de su ama.*

Silvest. *(Al ver á Rita.)*
Mucho me alegro de verte,
porque hablarte me precisa.
Rita. *(Aparte.)*
(Oh, reniego de mi suerte!)
Dispense usted, voy de prisa,
y en vano...
Silvest. Pronto despacho.
Rita. Pues hable usted sin rodeos
y dígame sin empacho...
Silvest. Satisfaré tus deseos.
Ya sabes lo que yo adoro
á tu señora....
Rita. Lo sé.
Silvest. Pues bien, de ti solo imploro
que seas franca.
Rita. Lo seré.
Silvest. Si se que me engañas, juro
que sabré vengar la ofensa;
si eres franca te aseguro
que tendrás la recompensa.
Rita. *(Aparte.)*
Si piensa haberme asustado
con la amenaza se engaña.
Silvest. *(Aparte.)*
(De esta sabré no hay cuidado,)
si es la boda una patraña.)
Que no me engañes espero...
Rita. Lo juro á fé de doncella.
Silvest. Si yo á tu señora quiero,
es por casarme con ella:
ya ves que mi amor es santo!

otra intencion fuera ruin;
habrá quien la quiera tanto,
pero no con tan buen fin.
Y hoy que pensaba llegar
de mi ventura al pináculo,
he venido á tropezar
con un invencible obstáculo.

RITA. Cuál es?

SILVEST. Uno y no pequeño;
que á no ser falso, me obliga
á desistir de mi empeño;
si no, es forzoso que siga.

RITA. Pues no puedo comprender.

SILVEST. Tú me sacarás del paso,
porque tú debes saber
toda la verdad del caso.
Me han dicho que tu señora,
por quien de amor estoy muerto,
está casada: tú ahora
me vas á decir si es cierto.

RITA. *(Aparte.)*
(Ya entiendo; ha sido una trama
que para librarse de él
sin duda ha urdido mi ama:
no descubriré el pastel.
Siga el embrollo.) Yo siento
darle á usted un desengaño.

SILVEST. Cómo! Es cierto el casamiento?

RITA. Si señor, ha mas de un año
que está con vínculo estrecho
prendida en la amante red.

SILVEST. Qué remedio! A lo hecho pecho.

RITA. Yo lo siento por usted.
Que á nadie sirve de gusto...

SILVEST. Yo nunca echaré en olvido
tu franqueza; así es muy justo
que cumpla lo prometido.
(Saca dinero del bolsillo y se lo da.)
Toma.

RITA. *(Con orgullo.)*
Yo!

SILVEST. Rara aprension!
Deja esos repulgos necios:

si nadie de corazon
hace al dinero desprecios.

RITA. Pues venga ya que es preciso
darle á usted gusto.

SILVEST. Si tal.

RITA. Lo tomo por compromiso.
Gracias.
(Aparte.)
No me viene mal.

SILVEST. Mas una duda me asalta
que mi confusion abulta;
si no es delito ni falta
casarse, por qué lo oculta?

RITA. Ella tan solo lo sabe:
yo su silencio respeto.

SILVEST. Habrá algun motivo grave!

RITA. *(Con mucho misterio.)*
Se casaron en secreto.

SILVEST. Ah, ya! todo es misterioso.

RITA. *(Aparte.)*
No es poco lo que he mentido.

SILVEST. *(Con misterio.)*
Dime quién es el esposo,
el feliz que ha conseguido?..

RITA. Quién es?
(Aparte.)
Qué le digo yo?

SILVEST. *(Aparte.)*
(Sera tal vez? Justo... pues...
de tal manera me habló...)
Muchacha dime quién es?
Tengo una duda y espero
me aclares este embolismo.
Es acaso el compañero
de berlina? Dime?

RITA. El mismo.

SILVEST. Y por qué me lo finjia?
(Aparte.)
No sospechaba yo en vano:
por eso el truhan me decia,
renuncie usted á su mano.

RITA. *(Aparte.)*
Dispénseme mi señora;

si he mentido es por su bien.
SILVEST. A estar él presente ahora,
yo le diera el parabien.
RITA. Si usted me da su permiso...
SILVEST. Puedes irte.
RITA. Abur.
SILVEST. Aidos.
(Clara aparece por la puerta de su cuarto.)
RITA. *(Aparte al verla.)*
Es ella! qué compromiso!
Allá se avengan los dos.
(Se va por la puerta del fondo.)

ESCENA XVI.

DON SILVESTRE.—DOÑA CLARA.

SILVEST. Señora, huélgome mucho
de hallar á usted por aquí:
tengo que hablar.
CLARA. A mí?
SILVEST. Sí.
CLARA. Pues hable usted, que ya escucho;
pero le ruego ante todo
que no vuelva á importunarme
como hace un rato, ni á hablarme
de su amor.
SILVEST. De ningun modo:
demas el rigor está,
pues ni á rogarla á usted vengo,
ni aunque en mi amor me mantengo,
he de importunarla ya.
Estraño encontrará usté
que hable yo de esta manera:
nunca, señora, lo hiciera
á no saber lo que sé,
que yo por demas porfiado
ningun estorbo he encontrado
que me haya infundido miedo:
hoy sin encono ni ceño,
porque otro medio no habia,

he tenido á sangre fria
que desistir de mi empeño.
Desisto; porque respeto
su situacion, de otro modo...
(Al ver que Clara le va á interrumpir.)
Es en valde, lo sé todo,
todo, estoy en el secreto.

CLARA. *(Aparte.)*
Un secreto!

SILVEST. Y mal podria
aspirar á la ventura
que ambicioné con locura
de ser dueño de usté un dia,
cuando mata mi pasion
saber que otro mas dichoso
con el derecho de esposo
impera en su corazon.

CLARA. Conque usted?..

SILVEST. Todo lo sé.
El casamiento no ignoro,
y aunque mi suerte deploro
prudente lo callaré.

CLARA. *(Aparte.)*
(Si de este modo consigo
librarme de él, qué he de hacer?
Ahora me falta saber
quién se ha casado conmigo.)
Si usted lo sabe, es forzoso
que no haya misterios ya.
Y usted conoce quizá...
sabe usted quién es mi esposo?
(Aparte.)
La invencion es muy sutil.

SILVEST. Tampoco lo ignoro.

CLARA. Pues
á ver, diga usted quién es?

SILVEST. Ese hombre, don Marcos Gil?

CLARA. Don Marcos Gil?

SILVEST. Claro está.

CLARA. *(Aparte.)*
El es, sí, que así se llama:
no ha urdido muy mal la trama.

SILVEST. Aquí le tiene usted ya.

ESCENA XVII.

Dichos.—Don Marcos.—*Luego* Rita.

Marcos. Caballero!
(Aparte al ver á Clara.)
(Ay Dios!) Señora!
(Aparte.)
No sé qué hacer ni qué hablar.
Silvest. (*Aparte.*)
(Se obstina en disimular.)
Va usted á saber ahora
quien soy yo.
Marcos. *(Aparte.)*
Qué irá á decir!
Silvest. Acérquese usted.
Marcos. *(Con recelo.)*
Ya voy.
Silvest. Venablos echando estoy
contra usted.
Clara. *(Aparte.)*
Van á reñir.
(A don Silvestre con dulzura.)
Don Silvestre...
Silvest. *(A don Marcos.)*
Si no fuera
porque mi genial es bueno,
desahogara mi veneno
en usted.
Marcos. En mí!
Rita. *(Aparte.)*
Qué fiera!
Silvest. Mas no abrigue usted recelo:
lléguese á mí sin temor
que aunque ha sido usté un traidor...
Marcos. Quién! yo?
Silvest. (*A Clara.*)
A la señora apelo:
todo finjimento es vano.
Clara. *(Aparte.)* No me disgusta el enredo.

mas bien merece perdon
un penitente contrito.
CLARA. Y usted, en qué delinquió?
MARCOS. Señora, no sé qué oi
de un esposo y...
CLARA. Mi Anton, si.
Pobre! Ha un año que murió.
MARCOS. De veras murió? Oh contento!
CLARA. Y usté en su muerte se goza!
MARCOS. Por un lado me alboroza,
pero... por otro lo siento.
Al oir á usted, señora,
que era viuda, quedé absorto...
CLARA. Antes tan tímido y corto
y tan hablador ahora!
MARCOS. Es que...
CLARA. Todo lo comprendo.
MARCOS. Yo la amo á usted.
CLARA. Ya lo sé.
Antes me lo dijo usté.
RITA. (*Aparte.*)
Buen papel estoy haciendo.
MARCOS. Pues si sabe usted mi amor
y lo que padezco y paso,
será usted tan dura acaso
que aun me trate con rigor?
CLARA. Qué puedo hacer?
MARCOS. Mi ventura.
CLARA. Y cómo?
MARCOS. Siendo mi esposa.
CLARA. Para eso falta una cosa.
MARCOS. Cuál?
CLARA. La bendicion del cura.
MARCOS. (*Besándole la mano.*)
Oh!
RITA. (*A Clara.*)
Con que se casa usté?
Matrimonio venturoso!
Usted ya tiene un esposo!
Y yo cuándo le tendré?
MARCOS. Ya mi afan está cumplido!
Ya soy dichoso!..
(*Aparte.*) Dios santo,

yo que io temblaba tanto,
tan torpemente he caido
en el lazo y además...
—Siento así un desasosiego...

CLARA. *(A Rita.)*
Qué estará hablando?

MARCOS. *(Aparte.)*
Reniego!
—Estoy por volverme atrás!
Que á un viudo, válgame Dios!
así una mujér le atrape...

CLARA. *(Con dulzura y tomándole del brazo.)*
Esposo!

MARCOS. *(Aparte, mirándola enagenado.)*
No, no hay escape.
Pues señor, cero y van dos.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 3 de noviembre de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

17492
PRINTED